

UN MCEWAN ESPECULATIVO Y GENIAL

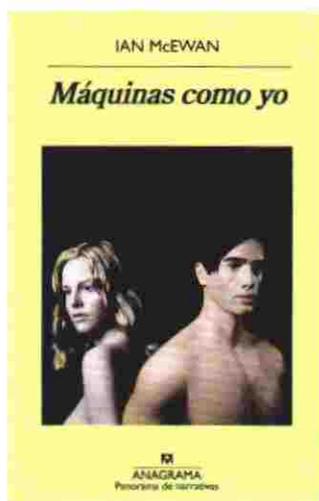
A. V.

Cumplidos ya los setenta años y dueño de una larga y muy importante obra (desde la temprana *El inocente*, estupenda incursión en el mejor género de espías en la línea de Greene y Le Carré, y siguiendo por títulos como *Amsterdam*, *Expiación*, *Chesil Beach* o *Cáscara de nuez*), Ian McEwan es uno de los nombres más sólidos, quizá el mayor, visto ahora con la perspectiva del tiempo, del llamado *british dream team* –afortunada etiqueta probablemente debida a su editor español, el gran Herralde– en el que también forman Julian Barnes o Martin Amis. En este momento de más que plena madurez, McEwan nos vuelve a dar una soberbia muestra de sabiduría narrativa en esta *Máquinas como yo*, su peculiar acercamiento a un tema característico de la ciencia ficción, el de la inteligencia artificial. Tratándose de él, naturalmente no cabe esperar una incursión ortodoxa en el género, pero sí –como así ocurre– un aprovechamiento de sus mejores posibilidades; ni tampoco que se limite a ese asunto, que es una de las grandes líneas argumentales de la novela, pero no la única. En cuanto a lo primero, lo cierto es que, frente a otros géneros más acartonados, amanerados y repetitivos, la ciencia ficción se ha mostrado siempre capaz de plantear cuestiones interesantes aprovechando las propias características del género en productos de calidad de autores como Bradbury, Clarke o, en estos años, Kim Stanley Robinson. Más aún: hay subgéneros dentro de la ciencia ficción, como este de la inteligencia artificial tratado aquí, que llevan inevitablemente dentro de sí asuntos como los de la identidad, la conciencia o el instinto de conservación, asuntos que McEwan exprime con inteligencia y habilidad narrativa.

Máquinas como yo discurre en un tiempo alternativo o contrafactual, más que distópico (si entendemos la distopía como un futuro siniestro, opuesto a las bondades de la utopía), unos años 80 del siglo XX en los que Margaret Thatcher se embarca (nunca mejor dicho) en la aventura de las Malvinas, pero sale derrotada. Unos años en los que el gran lógico Alan Turing vive (no se suicidó, como realmente ocurrió) y es responsable de los programas de inteligencia artificial. Como sigue vivo John Lennon, que sigue escribiendo canciones con unos Beatles reunidos de nuevo tras la separación. Unos años sobre los que no pesa del mismo modo la amenaza de la bomba atómica porque esta no llegó a lanzarse. En ese contexto, el protagonista de la historia –un tipo al comienzo de la treintena, con una vida poco ejemplar (ha sido expulsado del colegio de abogados, condenado por defraudar al fisco, es poco o nada culto, y vive en un apartamento miserable, con deudas, apenas dinero en el banco y un futuro oscuro), enamorado de su vecina, diez años más joven– se hace con un robot indistinguible, como debe ser (Asimov lo predi-

jo) de un humano. El peculiar triángulo está servido y McEwan no desaprovecha las divertidas posibilidades de la situación. Sin renunciar a un humor muy efectivo (la competencia amorosa, no exenta de celos, con un robot; este, con la batería *lógicamente* descargada tras una noche de sexo, o retirado «a la intimidad de sus circuitos», o la descacharrante confusión de quién es robot y quién persona, ya que el primero es mucho más culto, por parte del candidato a suegro del protagonista), no pasa por alto esos asuntos más serios que aparecen en películas y relatos como *2001: una odisea del espacio* o ¿*Sueñan con androides las ovejas mecánicas?* (*Blade Runner*): la floración de la conciencia en la máquina, el instinto de supervivencia de esta, el duelo hombre-máquina, la tristeza del robot, la dicotomía libertad-destino. Estas cuestiones tienen también una plasmación más elocuente en un brillante discurso de Turing, adecuada y felizmente homenajeados por el autor.

Pero McEwan no sería el autor de primera fila que es si se limitara a lo dicho. Otra importante línea argumental de *Máquinas como yo* es uno de esos problemas morales de difícil resolución: la posibilidad de castigar al culpable de un delito especialmente grave y odioso del que salió impune con la acusación falsa de otro presunto delito prácticamente igual a aquel; la relación entre el fin y los medios, en definitiva. La habilidad para crear situaciones inquietantes y divertidas a partes iguales, la complejidad del problema moral; el feroz, casi truculento pero nunca gratuito, realismo (algo que ya estaba presente en *El inocente*) de algún pasaje, el lenguaje siempre terso y ajustado, el fino sentido del humor, la malvada ironía, la crítica de costumbres, son valores que redondean una estupenda novela, un título que no desmerece un ápice, todo lo contrario, de la brillante carrera de uno de los grandes novelistas de estos años.



MÁQUINAS COMO YO

Ian McEwan. Traducción de Jesús Zulaika
Anagrama. Barcelona, 2019